

Dom
20 Sep

Homilía de Vigésimo quinto Domingo del Tiempo Ordinario

Año litúrgico 2008 - 2009 - (Ciclo B)

“El Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los hombres”

Introducción

El evangelio de la eucaristía de este domingo nos presenta un mensaje que choca con la realidad que nos rodea y encierra una clara interpelación personal y comunitaria.

Al echar un vistazo a las noticias del mundo, del país, a la publicidad, a las relaciones entre las personas..., percibimos a menudo la ambición de poder, la competitividad por ser el primero, la lucha por dominar a los otros, el deseo de enriquecerse a cualquier precio. Esto no es algo nuevo y podemos comprobarlo, leyendo atentamente el segundo capítulo del Libro de la Sabiduría para situar la primera lectura en su contexto más amplio. El texto nos muestra, con crudeza que para los obran el mal lo importante es disfrutar y obtener el máximo provecho de la vida. Para ellos, la norma de la justicia es su propia fuerza y, por lo tanto, están dispuestos a oprimir a las personas débiles como el justo pobre, la viuda, el anciano, porque son inútiles. Más aún, el justo les molesta e irrita porque se considera hijo de Dios, les reprocha su forma de vivir y sus faltas contra la ley divina. No dudan, pues, en ir a cazarlo como una presa para verificar el fundamento de sus afirmaciones. Con su condena a muerte pretenden comprobar si Dios, del que se reclama hijo, viene a librarse.

La epístola de Santiago insiste en la misma realidad y presenta a la comunidad cristiana la contraposición entre la verdadera y falsa sabiduría para que opte por la sabiduría que “viene de Dios”. De ella nacen la armonía, la tolerancia, la misericordia, la comprensión, la paz. La segunda, sin embargo, se rige por la envidia, el deseo de poder, de riqueza, de dominio y engendra las guerras, los conflictos y la violencia.

Jesús nos invita a adoptar su perspectiva: “si uno quiere ser el primero, sea el último de todos y el servidor de todos”, a cambiar radicalmente de criterios y de valores, apreciando lo pequeño, lo sencillo, lo que generalmente no cuenta. Es, pues, una llamada a mirar la vida con sus ojos y a colaborar en la construcción de unas relaciones humanas y cristianas, basadas en el servicio a los más débiles. Y el lugar adecuado para aprender a servir así, quizás se encuentre ahí donde están los últimos, los que lo han vivido siempre.



Hna. Carmina Pardo
Benín

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de la Sabiduría 2, 12. 17-20

Se dijeron los impíos: «Acechemos al justo, que nos resulta fastidioso: se opone a nuestro modo de actuar, nos reprocha las faltas contra la ley y nos reprende contra la educación recibida. Veamos si es verdad lo que dice, comprobando cómo es su muerte. Si es el justo es hijo de Dios, él lo auxiliará y lo librará de las manos de sus enemigos. Lo someteremos a ultrajes y torturas, para conocer su temple y comprobar su resistencia. Lo condenaremos a muerte ignominiosa, pues, según, dice Dios lo salvará».

Salmo

Sal. 53, 53. 3-4. 5. 6 y 8 R/. El Señor sostiene mi vida.

Oh Dios, sálvame por tu nombre, sal por mí con tu poder. Oh Dios, escucha mi súplica, atiende a mis palabras. R/. Porque unos insolentes se alzan contra mí, y hombres violentos me persiguen a muerte, sin tener presente a Dios. R/. Dios es mi auxilio, el Señor sostiene mi vida. Te ofreceré un sacrificio voluntario, dando gracias a tu nombre, que es bueno. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del Apóstol Santiago 3, 16-4, 3

Queridos hermanos: Donde hay envidia y rivalidad, hay turbulencias y todo tipo de malas acciones. En cambio, la sabiduría que viene de lo alto es, en primer lugar intachable, y además es apacible, comprensiva, conciliadora, llena de misericordia y buenos frutos, imparcial y sincera. El fruto de la justicia se siembra en la paz para quienes trabajan por la paz. ¿De dónde proceden los conflictos y las luchas que se dan entre vosotros? ¿No es precisamente de esos deseos de placer que pugnan dentro de vosotros? Ambicionáis y no tenéis; asesináis y envidiáis y no podéis conseguir nada, lucháis y os hacéis la guerra, y no obtenéis porque no pedís. Pedís y no recibís, porque pedís mal, con la intención de satisfacer vuestras pasiones.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Marcos 9, 30-37

En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos atravesaron Galilea; no quería que nadie se enterase, porque iba instruyendo a sus discípulos. Les decía: «El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres, y lo matarán; y, después de muerto, a los tres días resucitará». Pero no entendían lo que decía, y les daba miedo preguntarle. Llegaron a Cafarnaún, y, una vez en casa, les preguntó: «¿De qué discutíais por el camino?». Ellos callaban, pues por el camino habían discutido quién era el más importante. Jesús se sentó, llamó a los Doce y les dijo: «Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos». Y tomando un niño, lo puso en medio de ellos, lo abrazó y les dijo: «El que acoge a un niño como este en mi nombre, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, no me acoge a mí, sino al que me ha enviado».

Pautas para la homilía

El segundo anuncio de la Pasión y Resurrección

De camino, Jesús vuelve a anunciar a sus discípulos su pasión, muerte y resurrección, diciéndoles que va a ser entregado en manos de los hombres para darle muerte, pero que al tercer día resucitará. Como el justo del Libro de la Sabiduría o el salmista, sabe que su vida y su destino están en las manos de Dios y está firmemente convencido del triunfo final de la VIDA. Asumir su proyecto, sintonizar con la realidad de un Mesías crucificado y resucitado será el largo camino que habrán de recorrer los primeros seguidores de Jesús. Sólo entonces serán de verdad sus discípulos.

En cada Eucaristía, después de la consagración, decimos: "Anunciamos tu muerte. Proclamamos tu resurrección. Ven, Señor, Jesús" ¿Cuál es el auténtico alcance de esta aclamación? ¿La hacemos sólo con las palabras o va acompañada por el testimonio de nuestra vida? ¿Estamos realmente convencidos del triunfo de la resurrección de Cristo sobre su muerte y la nuestra? ¿Dónde reconocemos hoy que Jesús está creando vida?

El silencio de los discípulos

El evangelista Marcos insiste dos veces en el silencio de los discípulos. La primera vez explica que no entienden el anuncio de la Pasión y temen preguntarle. La segunda, Jesús les pregunta cuál era la discusión que habían mantenido en el camino y permanecen callados.

El primer silencio es comprensible porque no logran captar el sentido del anuncio que han escuchado. Necesitarán tiempo para poder asimilar y procesar ese mensaje. También lo vivimos nosotros ante golpes que nos desencajan. El segundo nos resulta más difícil de entender. Jesús acaba de hablarles de que va a ser entregado, va a pasar por un camino de humillación y morir, y ellos discuten sobre quién es el mayor. Sin embargo, este hecho refleja situaciones reales y muy cotidianas. El silencio se crea en un grupo, cuando las personas se disputan el poder, el dinero, el prestigio, los primeros puestos, cuando las relaciones están viciadas por las desconfianzas y las sospechas y es imposible comprenderse y comunicarse. Podemos preguntarnos por la calidad de nuestros silencios. ¿Nacen del deseo de acoger la verdad del otro en el diálogo o del juicio y ambición que alberga nuestro corazón?

“Quien quiera ser el primero, sea el último de todos y el servidor de todos”

Jesús percibe claramente el riesgo de división que amenaza a la incipiente comunidad de sus discípulos y centra la enseñanza que sigue al segundo anuncio de la pasión en el tema de la comunidad servidora, que ha de regirse por el amor traducido en servicio fraterno. Es importante que sobre los que va a recaer la responsabilidad de anunciar el evangelio a todos los pueblos, entiendan perfectamente qué tipo de autoridad ha de practicarse en las comunidades congregadas en el nombre del Señor, muy distinta a la que ejercen los jefes de las naciones y los poderosos. Jesús les propone la actitud del servicio como auténtico rasgo distintivo de la identidad cristiana.

En un mundo en el que las noticias nos hablan a diario de los conflictos y las luchas entre personas o países para dominar, ocupar los primeros puestos, obtener el poder, la comunidad cristiana puede ofrecer la alternativa de una humanización de las relaciones, si acierta a dar testimonio y hacerla vida en ella misma.

Puso en medio de ellos a un niño

En tiempos de Jesús, el niño era un pobre, un excluido social y religioso, como el enfermo, la mujer y el esclavo. Jesús "toma a un niño, le pone en medio y le estrecha entre sus brazos". La intención del gesto es clara: rectificar el punto de vista de sus discípulos, presentándoles como modelo de pequeñez y de pobreza a un niño, que tenía la obligación de realizar los más humildes trabajos y de servir a todos. Es un ejemplo válido e interpelante para toda persona que se reclama seguidora de Jesús, para cualquier comunidad cristiana, para todo tipo de ejercer el poder.

Jesús pone en medio, en el centro, a los que la sociedad dejaba al margen, echaba lejos. Se empeña constantemente en mostrarnos las normas del protocolo del Reino de Dios. La grandeza del discípulo se mide por la calidad del servicio que presta a los más indefensos, a los que no cuentan, a los más frágiles y abandonados. En ellos acogemos a Cristo y al Padre que le ha enviado; en eso seremos juzgados (Mt 25, 40). ¿A quiénes ponemos nosotros en el "centro" de nuestras preocupaciones, de nuestros desvelos?



Hna. Carmina Pardo
Benín

Evangelio para niños

XXV Domingo del tiempo ordinario - 20 de septiembre de 2009



Segundo anuncio de la Pasión

Marcos 9, 29-36

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo instruía Jesús a sus discípulos. Les decía: - El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres, y lo matarán; y después de muerto, a los tres días resucitará. Pero no entendían aquello, y les daba miedo preguntarle. Llegaron a Cafarnaúm, y una vez en casa, les preguntó: - ¿De qué discutíais por el camino? Ellos no contestaron, pues por el camino habían discutido quién era el más importante. Jesús se sentó, llamó a los Doce y les dijo: - Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos. Y acercando a un niño, lo puso en medio de ellos, lo abrazó y les dijo: - El que acoge a un niño como éste en mi nombre, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, no me acoge a mí, sino al que me ha enviado.

Explicación

Las mismas pretensiones que tenemos hoy de ser importantes, admirados y los primeros, tenían los primeros amigos de Jesús. Y El con enorme paciencia les decía una y otra vez: "Quien quiera ser el primero y el más importante entre vosotros, que se haga servidor de todos".

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

NARRADOR: En aquel tiempo instruía Jesús a sus discípulos y les decía:

JESÚS: «El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres y lo matarán; y después de muerto, a los tres días resucitará».

DISCÍPULO 1: Señor, como no te expliques mejor... No te entendemos nada.

NARRADOR: Entre ellos murmuraban y discutían cosas, pero no se atrevían a preguntar nada a Jesús.

DISCÍPULO 2: Lo que nos está diciendo el Maestro a mí me desconcierta, pero no me atrevo a decirle nada.

DISCÍPULO 1: Oye, ¿quién será el más importante entre nosotros para el Maestro?

DISCÍPULO 2: No lo sé, pero cualquiera le pregunta nada ahora...

NARRADOR: Llegaron a Cafarnaúm, y, una vez en casa, les preguntó:

JESÚS: «¿De qué discutíais por el camino?»

NARRADOR: Ellos no contestaron, pues por el camino habían discutido quién era el más importante. Jesús se sentó, llamó a los Doce y les dijo:

JESÚS: «Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos».

DISCÍPULO 1: Ahora si que me acaba de descolocar del todo.

NARRADOR: Y acercando a un niño, lo puso en medio de ellos, lo abrazó y les dijo:

JESÚS: «El que acoge a un niño como éste en mi nombre, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, no me acoge a mí, sino al que me ha enviado».

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández